

Fray Luis de Granada

Llama a Cristo antes de tu muerte

Extracto de *Guia de pecadores* (1.I p.3° c.24,ed. Cuervo, Madrid 1907, t.1 p.262-277, y en BAC, *Obra selecta* 1.4 c.II p.959-966) tiene sobre ello un tratado completo y de unidad perfecta, que tendremos que resumir muy brevemente.

A) Advertencia previa

Es engaño muy extendido el diferir la conversión para la hora de la muerte. Supongamos primero con todos los doctores que así como la penitencia es obra de Dios, El la puede inspirar cuando quisiere, hasta en el último momento.

Mas veamos por los santos a quienes iluminó el Espíritu Santo cuán pocas veces acaece tal cosa.

B) Dificultad de convertirse a última hora según los Santos Padres

a) San Agustín (cf. *De vera a falsa poenitentia*.)

Libertad y no necesidad pide la conversión, y poca libertad tiene quien no deja los pecados, sino que éstos le abandonan a él.

La verdadera conversión salva en cualquier momento, pero en aquél, rodeado de aflicciones y congojas, es harto difícil conseguirla.

Y aun cuando lo alcanzare, ¿cuáles serán las penas del purgatorio que le esperan?

b) San Jerónimo

Eusebio, discípulo de San Jerónimo (cf. *Ep.* de Eusebio a San Dámaso sobre la muerte de San Jerónimo), entre otras cosas más duras que el Santo le dijo estando ya para morir, afirma que sobre lo difícil de recogerse en aquella hora y meditar en la conversión tiene grandes dudas sobre los que parecen haberlo hecho, porque ha visto a muchos ricos que después de ello se curaron y fueron mucho peores. 'Por maravilla tendrá buen fin aquel cuya vida fue siempre mala'.

c) San Isidoro

'El que quiere a la hora de la muerte estar cierto del perdón, haga penitencia cuando sano'. Si lo deja para última hora, 'sí como su condenación es incierta, así

su salvación dudosa'.

d) San Gregorio

Comentando las palabras de Job (27,8) *¿En qué podrá confiar el impío cuando muera?... ¿Escuchará Dios sus gritos cuando le llegue la desventura?*, dice que Dios no oye en tiempos de angustia las voces de quien le olvidó en la paz, y recuerda la parábola de las vírgenes necias.

C) Los teólogos: Escoto

'Escoto trata muy de propósito esta cuestión en el libro IV de las *Sentencias*, donde pone una conclusión que dice así: La penitencia que se hace a la hora de la muerte apenas es verdadera penitencia, por la dificultad grande que entonces hay para hacerla. Prueba él esta conclusión por cuatro razones:

a) Primera: por la imposibilidad de ejercitarse en obras de penitencia

'La primera es por el grande estorbo que hacen allí los dolores de la enfermedad y la presencia de la muerte para levantar el corazón a Dios y ocuparlo en ejercicios de verdadera penitencia.

Para cuyo entendimiento es de saber que todas las pasiones de nuestro corazón tienen grande fuerza para llevar en pos de sí el sentido y el libre albedrío del hombre. Y según reglas de filosofía, muy más poderosas son para esto las pasiones que dan tristeza que las que causan alegría. De donde nace que las pasiones y afectos del que está para morir, son las más fuertes que hay...'

Entre las cuatro impedimentos que pone San Bernardo para la oración, uno de ellos es la enfermedad del cuerpo. Bien probado tenemos que un simple dolor nos incapacita totalmente, y ¿dejaremos el negocio de la salvación para aquella hora de congojas físicas y morales?

b) Segunda: por falta de voluntariedad en la penitencia

'La segunda razón de este doctor es porque la verdadera penitencia ha de ser voluntaria, esto es, hecha con prontitud de voluntad y no por sola necesidad...

Tal, pues, parece la penitencia de muchos malos cristianos, los cuales, habiendo perseverado en ofender a Dios toda la vida, cuando llega la hora de la cuenta... se vuelven al juez con grandes suplicas y protestaciones; las cuales, si son verdaderas, no dejan de ser provechosas: mas el común suceso de ellas declara lo que son. Porque por experiencia hemos visto muchos de éstos que, si escapan de aquel peligro, luego se descuidan de todo lo que prometieron y vuelven a ser

lo que eran: y aun tornan a revocar los descargos que dejaban ordenados, como hombres que no hicieron lo que hicieron por virtud y por amor de Dios, sino solamente por aquella priesa en que se vieron, la cual, como cesó, cesó también el efecto que de ella se seguía.

En lo cual parece ser esta manera de penitencia muy semejante a la que suelen hacer los mareantes en tiempo de alguna grande tormenta, donde proponen y prometen grandes virtudes y mudanzas de vida; mas, acabada la tormenta y escapados del presente peligro, luego se vuelven a jugar y blasfemar como lo hacían antes, sin hacer más caso de todo lo pasado por si fuera un propósito soñado'.

c) Tercera: por la costumbre de pecar

'La tercera razón es porque el mal hábito y costumbre de pecar que el malo ha tenido toda la vida, comúnmente le suele acompañar, como la sombra al cuerpo, hasta la muerte.

Porque la costumbre es como otra naturaleza, que con gran dificultad se vence. Y así vemos por experiencia muchos en aquella hora tan olvidados de su alma, tan avarientos para ella, aun en la muerte, tan encarnizados en el amor de la vida, si la pudiesen redimir por algún precio, que en él amaron como si no estuviesen en el paso que están...

Este es un linaje de pena con que muchas veces castiga Dios la culpa, permitiendo que acompañe a su autor hasta la sepultura... y que se olvide de sí en la muerte el que no se acordó de Dios en la vida. De esta manera se castiga un olvido con otro olvido; el olvido que fue culpa con el que juntamente es pena y culpa. Lo cual se ve cada día por experiencia, pues tantas veces habemos oído de muchos que se dejaron morir entre los brazos de las malas mujeres que mal amaron, sin quererlas despedir de su compañía ni aun en aquella hora, por estar, por justo juicio de Dios, olvidados de sí mismos y de sus almas'.

d) Cuarta: por el escaso valor de aquellas obras

'La cuarta razón se funda en la cualidad del valor que ordinariamente suelen tener las obras que en aquel tiempo se hacen.

Porque parece claro, a quien tiene algún conocimiento de Dios, cuánto menos le agrade ese linaje de servicios que los que en otros tiempos se hacen. Porque ¿qué mucho es, como decía la santa virgen Lucía, ser muy largo de lo que, aunque te pese, has acá de dejar? ¿Qué mucho es perdonar allí la deshonra, cuando sería mayor deshonra no perdonarla?...

El cristiano que con deliberación determina guardar la penitencia para aquella hora, peca mortalmente por la gran ofensa que hace a su alma y por el grandísimo peligro en que pone su salvación. Pues ¿qué cosa más para temer que ésta?

D) Apremiante exhortación de Cristo

'El Señor sabía bien los consejos de los malos y las veredas que buscan para sus vicios, y por esto les sale al camino y les dice cómo les ha de ir por él y en qué han de parar sus confianzas'.

Con este intento propuso la parábola del siervo bienaventurado a quien el Señor encontró velando (Mt. 24,26), porque éste ha de llegar a hora no pensada. Por ello mismo aconsejó a los suyos viviesen aparejados (Mt. 13,25) y el ejemplo de las vírgenes fatuas.

No nos excusemos con el ejemplo del buen ladrón:

'Obra tan maravillosa como todos los milagros y obras semejantes estaban profetizadas y guardadas para la venida del Hijo de Dios al mundo y para testimonio de su gloria; y así convenía que para la hora en que aquel Señor padecía se oscureciesen los cielos, y temblase la tierra, y se abriesen los sepulcros, y resucitasen los muertos. Y en la cuenta de éstas entra la salud de aquel santo ladrón...'

'Pues como esta maravilla, junto con las otras, pertenezca a la dignidad de aquel Señor y de aquel tiempo, grande engaño es creer que generalmente se haga en todos los tiempos lo que estaba reservado para aquél.

Nos consta también que en todas las repúblicas del mundo hay cosas que ordinariamente se hacen y cosas también extraordinarias... Cosa regular y ordinaria es aquella que dice el Apóstol que el fin de los malos será conforme a sus obras; dando a entender que, generalmente hablando, a la buena vida se sigue buena muerte, y a la mala vida, mala muerte.

Cosa también es ordinaria que los que hicieron buenas obras irán a la vida eterna, y los que malas, al fuego eterno. Esta es una sentencia que a cada paso repiten todas las Escrituras divinas. Esto cantan los salmos, esto dicen los profetas, esto anuncian los apóstoles, esto predicán los evangelistas. Lo cual en pocas palabras resumió el profeta David cuando dijo (Sl. 61,12): Una vez habló Dios, y dos cosas le oí decir: que El tenía poder y misericordia, y que así daría a cada uno según sus obras'.